

Cambridge University Press
978-1-107-66012-0 - Spanish Ballads
Chosen by G. Le Strange
Excerpt
[More information](#)

MISCELLANEOUS BALLADS

LE S.

I

Cambridge University Press
978-1-107-66012-0 - Spanish Ballads
Chosen by G. Le Strange
Excerpt
[More information](#)

ROMANCE DEL CONDE ARNALDOS

I

¡Quién hubiese tal ventura — sobre las aguas de mar,
 como hubo el Conde Arnaldos — la mañana de San Juan!
 Con un falcón en la mano — la caza iba cazar,
 vió venir una galera — que a tierra quiere llegar.
 Las velas traía de seda, — la ejercía de un cendal,
 marinero que la manda — diciendo viene un cantar
 que la mar facía en calma, — los vientos hace amainar,
 los peces que andan en el hondo — arriba los hace andar,
 las aves que andan volando — en el mástel las face posar.
 Allí fabló el Conde Arnaldos, — bien oiréis lo que dirá:
 “Por Dios te ruego, marinero, — dígasme ora ese cantar.”
 Respondióle el marinero, — tal respuesta le fué a dar:
 “Yo no digo esta canción — sino a quien conmigo va.”

EL PRISIONERO

2

“Por el mes era de mayo — cuando hace la calor,
 cuando canta la calandria — y responde el ruiseñor,
 cuando los enamorados — van a servir al amor,
 sino yo triste, cuidado, — que vivo en esta prisión,
 que ni sé cuando es de día, — ni cuando las noches son,
 sino por una avecilla — que me cantaba al albor:
 matómela un balletero; — ¡déle Dios mal galardón!
 Cabellos de mi cabeza — lléganme al corvejón;
 los cabellos de mi barba — por manteles tengo yo:
 las uñas de las mis manos — por cuchillo tajador.
 Si lo hacía el buen rey, — hácelo como señor;
 si lo hace el carcelero, — hácelo como traidor.
 Mas quién ahora me diese — un pájaro hablador,

siquiera fuese calandria, — o tordico o ruisenor:
 criado fuese entre damas — y avezado a la razón,
 que me lleve una embajada — a mi esposa Leonor,
 que me envíe una empanada, — no de trucha ni salmón,
 sino de una lima sorda — y de un pico tajador:
 la lima para los hierros — y el pico para la torre.”
 Oídolo había el rey, — mandóle quitar la prisión.

LA BUENA HIJA

Paseábase el buen conde — todo lleno de pesar,
 cuentas negras en sus manos — do suele siempre rezar;
 palabras tristes diciendo, — palabras para llorar:
 “Véoos, hija, crecida, — y en edad para casar;
 el mayor dolor que siento — es no tener que os dar.”
 “Calledes, padre, calledes, — no debéis tener pesar,
 que quien buena hija tiene — rico se debe llamar,
 y el que mala la tenía, — viva la puede enterrar,
 pues amengua su linaje — que no debiera amenguar,
 y yo, si no me casare, — en religión puedo entrar.”

ROMANCE DE FONTE-FRIDA

Fonte-frida, fonte-frida, — fonte-frida y con amor,
 do todas las avecicas — van tomar consolación,
 sino es la tortolica — que está viuda y con dolor.
 Por allí fuera a pasar — el traidor de ruisenor:
 las palabras que le dice — llenas son de traición:
 “Si tú quisieses, señora, — yo sería tu servidor.”
 “Vete de ahí, enemigo, — malo, falso, engañador,
 que ni poso en ramo verde, — ni en prado que tenga flor;
 que si el agua hallo clara, — turbia la beba yo;
 que no quiero haber marido, — porque hijos no haya, no:
 no quiero placer con ellos, — ni menos consolación.
 ¡Déjame, triste enemigo, — malo, falso, mal traidor,
 que no quiero ser tu amiga — ni casar contigo, no!”

ROSA FRESCA

5

ROMANCE DE ROSA FRESCA

5

“Rosa fresca, rosa fresca, — tan garrida y con amor,
 cuando vos tuve en mis brazos, — no vos supe servir, no;
 y agora que os serviría — no vos puedo haber, no.”

“Vuestra fué la culpa, amigo, — vuestra fué, que mía no;
 enviástesme una carta — con un vuestro servidor,
 y en lugar de recaudar — él dijera otra razón:

que érades casado, amigo, — allá en tierras de León;
 que tenéis mujer hermosa — y hijos como una flor.”

“Quien os lo dijo, señora, — no vos dijo verdad, no;
 que yo nunca entré en Castilla — ni allá en tierras de León,
 sino cuando era pequeño, — que no sabía de amor.”

LA CONSTANCIA

6

Mis arreos son las armas, — mi descanso es pelear,
 mi cama las duras peñas, — mi dormir siempre velar.
 Las manidas son escuras, — los caminos por usar,
 el cielo con sus mudanzas — ha por bien de me dañar,
 andando de sierra en sierra — por orillas de la mar,
 por probar si mi ventura — hay lugar donde avadar.
 Pero por vos, mi señora, — todo se ha de comportar.

LA SERRANA DE LA VERA

7

Allá en Garganta la Olla, — en la Vera de Plasencia,
 salteóme una serrana, — blanca, rubia, ojimorena.
 Trae el cabello trenzado — debajo de una montera,
 y porque no la estorbara — muy corta la faldamenta.
 Entre los montes andaba — de una en otra ribera,

6

MISCELLANEOUS BALLADS

con una honda en sus manos — y en sus hombros una flecha.
 Tomárame por la mano — y me llevara a su cueva:
 por el camino que iba — tantas de las cruces viera.
 Atrevíme y preguntéle — qué cruces eran aquellas,
 y me respondió diciendo — que de hombres que muerto hubiera.
 Esto me responde y dice — como entre medio risueña:
 “Y así haré de ti, cuitado, — cuando mi voluntad sea.”
 Dióme yesca y pedernal — para que lumbre encendiera,
 y mientras que la encendía — alíña una grande cena.
 De perdices y conejos — su pretina saca llena,
 y después de haber cenado — me dice: “Cierra la puerta.”
 Hago como que la cierro, — y la dejé entreabierta:
 desnudóse y desnudéme — y me hace acostar con ella.
 Cansada de sus deleites — muy bien dormida se queda,
 y en sintiéndola dormida — sálgome la puerta afuera.
 Los zapatos en la mano — llevo porque no me sienta,
 y poco a poco me salgo — y camino a la ligera.
 Más de una legua había andado — sin revolver la cabeza,
 y cuando mal me pensé — yo la cabeza volviera.
 Y en esto la vi venir — bramando como una fiera,
 saltando de canto en canto, — brincando de peña en peña:
 “Aguarda (me dice), aguarda, — espera, mancebo, espera,
 me llevarás una carta — escrita para mi tierra.
 Toma, llévala a mi padre, — dirásle que quedo buena.”
 “Enviadla vos con otro — o sed vos la mensajera.”

ROMANCE DE RICO FRANCO

8

A caza iban, a caza — los cazadores del rey,
 ni fallaban ellos caza, — ni fallaban que traer.
 Perdido habían los halcones, — ¡mal los amenaza el rey!
 Arrimáranse a un castillo — que se llamaba Maynes.
 Dentro estaba una doncella — muy fermosa y muy cortés;
 siete condes la demandan, — y así facían tres reyes.
 Robárala Rico Franco, — Rico Franco aragonés:
 llorando iba la doncella — de sus ojos tan cortés.

RICO FRANCO

7

Falágala Rico Franco, — Rico Franco aragonés:
 “Si lloras tu padre o madre, — nunca más vos los veréis,
 si lloras los tus hermanos, — yo los maté todos tres.”
 “Ni lloro padre ni madre, — ni hermanos todos tres;
 mas lloro la mi ventura — que no sé cuál ha de ser.
 Prestédesme, Rico Franco, — vuestro cuchillo lugués,
 cortaré fitas al manto, — que no son para traer.”
 Rico Franco de cortese — por las cachas lo fué tender;
 la doncella que era artera — por los pechos se lo fué a meter:
 así vengó padre y madre, — y aun hermanos todos tres.

LA APARICIÓN

9

En palacio los soldados — se divierten y hacen fiesta;
 uno solo non se ríe, — que está lleno de tristeza.
 El Alférez le pregunta: — “Dime, ¿ por qué tienes pena?
 ¿ Es por padre, o es por madre, — o es por gente de tu tierra?”
 “No es por padre, ni es por madre, — ni es por gente de mi
 tierra:
 es por una personita — que tengo ganas de verla.”
 “Coge un caballo ligero, — monta en él y vete a verla;
 Vete por camino real, — non te vayas por la senda.”

En la ermita de San Jorge — una sombra obscura vi:
 el caballo se paraba, — ella se acercaba a mí.
 “¿ Adónde va el soldadito — a estas horas por aquí?”
 “Voy a ver a la mi esposa, — que ha tiempo que non la vi.”
 “La tu esposa ya se ha muerto: — su figura vesla aquí.”
 “Si ella fuera la mi esposa, — ella me abrazara a mí.”
 “¡ Brazos con que te abrazaba, — la desgraciada de mí,
 Ya me los comió la tierra: — la figura vesla aquí!”
 “Si vos fuerais la mi esposa, — non me mirarais así.”
 “¡ Ojos con que te miraba, — la desgraciada de mí,
 Ya me los comió la tierra: — su figura vesla aquí!”
 “Yo venderé mis caballos, — y diré misas por ti.”
 “Non vendas los tus caballos, — nin digas misas por mí,
 que por tus malos amores — agora peno por ti.

La mujer con quien casares, — non se llama Beatriz;
 cuantas más veces la llames, — tantas me llames a mí.
 ¡Si llegas a tener hijas, — tenlas siempre junto a ti,
 non te las engañe nadie — como me engañaste a mí!"

EL PALMERO

I O

En los tiempos que me vi — más alegre y placentero,
 yo me partiera de Burgos — para ir a Valladolid:
 encontré con un Palmero, — quien me habló, y dijo así:
 "¿Dónde vas tú, el desdichado? — ¿dónde vas? ¡triste de ti!
 ¡Oh persona desgraciada — en mal punto te conocí!
 Muerta es tu enamorada, — muerta es, que yo la vi;
 las andas en que la llevan — de negro las vi cubrir,
 los responsos que le dicen — yo los ayudé a decir:
 siete condes la lloraban, — caballeros más de mil,
 llorábanla sus doncellas, — llorando dicen así:
 "¡Triste de aquel caballero — que tal pérdida pierde aquí!"
 Desque aquesto ofí, mezquino, — en tierra muerto caí,
 y por más de doce horas — no tornara, triste, en mí.
 Desque hube retornado — a la sepultura fuí,
 con lágrimas de mis ojos — llorando decía así:
 "Acógeme, mi señora, — acógeme a par de ti."
 Al cabo de la sepultura — esta triste voz ofí.
 "Vive, vive, enamorado, — vive, pues que yo morí:
 Dios te dé ventura en armas, — y en amor otro que sí,
 que el cuerpo come la tierra, — y el alma pena por ti."

LA ERMITA DE SAN SIMÓN

I I

En Sevilla está una hermita — cual dicen de San Simón,
 adonde todas las damas — iban a hacer oración.
 Allá va la mi señora, — sobre todas la mejor,
 saya lleva sobre saya, — mantillo de un tornasol,

SAN SIMÓN

9

en la su boca muy linda — lleva un poco de dulzor,
 en la su cara muy blanca — lleva un poco de color,
 y en los sus ojuelos garzos — lleva un poco de alcohol,
 a la entrada de la hermita — relumbrando como el sol.
 El abad que dice la misa — no la puede decir, non,
 monacillos que le ayudan — no aciertyan responder, non,
 por decir: “amén, amén,” — decían: “amor, amor.”

AMOR ETERNO

I 2

Allá en tierras de León — una viudina vivía;
 esta tal tenía una hija — más guapa que ser podía.
 La niña ha dado palabra — a aquel Don Juan de Castilla;
 la madre la tien mandada — a un mercader que venía,
 que es muy rico y poderoso... — y mal se la quitaría.
 El Don Juan desque lo supo, — para las Indias camina:
 allá estuvo siete años, — siete años menos un día,
 para ver si la olvidaba — y olvidarla non podía.
 Al cabo de los siete años, — para la España venía,
 y fuése la calle abajo — donde la niña vivía:
 encontró puertas cerradas, — balcones de plata fina;
 y arrimárase a una reja — por ver si allí la veía.
 Vió una señora de luto, — toda de luto vestida.
 “¿ Por quién trae luto, mi prenda, — por quién trae luto, mi
 vida?”
 “Tráigolo por Doña Ángela, — que a Doña Ángela servía:
 con los paños de la boda — enterraron a la niña.”
 Fuérase para la iglesia — más triste que non podía;
 encontróse al ermitaño — que toca el Ave-María.
 “Dígame do está enterrada — Ángela la de mi vida.”
 “Doña Ángela está enterrada — frente a la Virgen María.”
 “Ayúdeme a alzar la tumba, — que yo solo non podía.”
 Quitarón los dos la tumba, — que es una gran maravilla,
 y debajo della estaba — como el sol cuando salía;
 los dientes de la su boca — cristal fino parecían.
 Por tres veces la llamaba, — todas tres le respondía:

10

MISCELLANEOUS BALLADS

“Si es Don Juan el que me llama, — presto me levantaría:
 si es Don Pedro el que me llama, — levantarme non podrá.”

“Don Juan es el que te llama: — levántate, vida mía;
 Don Juan es el que te llama, — el que tanto te quería.”
 Levantóse Doña Ángela.

y dió la mano a Don Juan: — “Este ha ser mi compañía,
 que non me quiso olvidar — nin de muerta nin de viva.”
 Tomóla Don Juan en brazos, — más alegre que podía;
 en un ruan la montara, — y echa andar la plaza arriba.
 Encontró con el marido — galán que la pretendía.

“Deja esa rosa, Don Juan; — que esa rosa era la mía.”
 Armaron los dos un pleito, — un pleito de chancelfía,
 y echaron cartas a Roma; — non tardaron más que un día:
 las cartas vienen diciendo — que Don Juan lleve la niña,
 que el matrimonio se acaba — echándole tierra encima.

LA LAVANDERA

13

Yo me levantara, madre, — mañanica de Sant Juan:
 vide estar una doncella — ribericas de la mar:
 sola lava y sola tuerce, — sola tiende en un rosal:
 mientras los paños se enjugan, — dice la niña un cantar:
 “¿Dó los mis amores, dó los? — ¿dó los andaré a buscar?”
 Mar abajo, mar arriba, — diciendo iba el cantar,
 peine de oro en las sus manos — por sus cabellos peinar.
 “Dígasme tú, el marinero, — sí, Dios te guarde de mal,
 si los viste, mis amores, — si los viste allá pasar.”

ROMANCE DE LA AMIGA QUE SE CASÓ

14

“Compañero, compañero, — casóse mi linda amiga,
 casóse con un villano — que es lo que más me dolía.